

LA VIDA SOCIAL DEL MUNDO POLÍTICO

INVESTIGACIONES RECIENTES
EN SOCIOLOGÍA POLÍTICA

Gabriel Vommaro y Mariana Gené
(compiladores)

Colección Política, políticas y sociedad

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

LA VIDA SOCIAL DEL MUNDO POLÍTICO
INVESTIGACIONES RECIENTES EN SOCIOLOGÍA POLÍTICA

Gabriel Vommaro y Mariana Gené
(compiladores)

La vida social del mundo político
Investigaciones recientes en sociología política

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

La vida social del mundo político : investigaciones recientes en sociología política / Gabriel Vommaro ... [et al.] ; compilado por Gabriel Vommaro ; Mariana Gené. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017. 352 p. ; 21 x 15 cm. - (Política, políticas y sociedad ; 27)

ISBN 978-987-630-260-9

1. Sociología Política. 2. Argentina. 3. Instituciones. I. Vommaro, Gabriel II. Vommaro, Gabriel, comp. III. Gené, Mariana, comp. CDD 306.2

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS
Diseño de tapas: Daniel Vidable - Ediciones UNGS
Diagramación: Daniel Vidable - Ediciones UNGS
Corrección: Gabriela Ventureira

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos reservados.

Impreso en DP Argentina S.A.
Tacuarí 123 (C1071AAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de julio de 2017.
Tirada: 400 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Introducción. La sociología política y sus aportes para analizar la política argentina reciente <i>Gabriel Vommaro y Mariana Gené</i>	9
--	---

Primera parte. El arraigo sociocultural de las instituciones políticas

Los partidos y sus mundos sociales de pertenencia: repertorios de acción, moralidad y jerarquías culturales en la vida política <i>Gabriel Vommaro</i>	35
Descifrar mundos estatales. Sobre la circulación de autoridad en las burocracias públicas <i>Luisina Perelmiter</i>	63
Entre la descomposición y la recomposición sindical. Una apuesta por la sociología política <i>Martín Armelino</i>	87

Segunda parte. Saberes expertos y sentido práctico en el mundo político

El estudio de los problemas públicos. Un balance basado en una investigación sobre la corrupción <i>Sebastián Pereyra</i>	113
Políticos profesionales, pero ¿de qué tipo? Recursos y destrezas de los “armadores políticos” ante sus diferentes públicos <i>Mariana Gené</i>	133

Sociología, política y gobierno de la ciudad en perspectiva histórica: reflexiones a partir del caso porteño	
<i>Matías Landau</i>	161

Tercera parte. El arraigo sociopolítico de las instituciones económicas

Política y decisión: la razonabilidad de la acción política a través de la historia de la convertibilidad	
<i>Mariana Heredia</i>	189
La sociología moral del dinero. Algunos aportes para la sociología política	
<i>Ariel Wilkis</i>	211
Negocios privados e intervención estatal. Elementos para una sociología política de los mercados de la seguridad	
<i>Federico Lorenc Valcarce</i>	233

Cuarta parte. Ciencia política y sociología política: diálogos y debates

El enigma populista. Gino Germani: orígenes y actualidad de la sociología política argentina	
<i>Germán J. Pérez</i>	263
Guillermo O'Donnell y la política subnacional: un diálogo entre la ciencia política y la sociología política	
<i>Jacqueline Behrend</i>	293
Ganancias y pérdidas analíticas de la autonomía disciplinar: la relación entre ciencia política y sociología política en Brasil	
<i>Renato Perissinotto y Fernando Leite</i>	313
Epílogo	
<i>Juan Pablo Luna</i>	339
Presentación de los autores	349

Introducción

La sociología política y sus aportes para analizar la política argentina reciente

Gabriel Vommaro y Mariana Gené

Toda sociología nace política

En los últimos años, diversos esfuerzos investigativos renovaron un campo de indagación que, desde Gino Germani, había sido parte fundante de la sociología argentina. La perspectiva sociológica de la política fue, en efecto, uno de los modos fundamentales de constitución del pensamiento en esa disciplina en la Argentina de la segunda mitad del siglo xx.¹ En diálogo con la historia, con la teoría social y con la teoría y la ciencia políticas, se interrogó fundamentalmente por la constitución del peronismo y los procesos sociopolíticos que le habían dado nacimiento, así como los que este traía como novedad. Las investigaciones de Germani (1962, 1973, 1987, 2003) combinaban prácticas creativas y muchas veces inéditas de construcción de información empírica con la movilización de un conjunto de herramientas conceptuales, tomadas de las teorías de la

¹ Nótese que elegimos aquí hablar de “perspectiva” antes que de subdisciplina por varios motivos. En primer lugar, porque la inscripción disciplinar de la sociología política es, por naturaleza, fronteriza. Más aún, como se verá, en los trabajos que aquí se presentan. En segundo lugar, porque eso implicaría pronunciarse, en la tensión entre una sociología de la política y una sociología política, por la primera opción, lo que iría en contra de nuestra mirada crítica respecto de los análisis deterministas de los fenómenos políticos. Por último, la idea de perspectiva permite dar cuenta de que se trata de un tipo de indagación de los objetos políticos que funciona más como caja de herramientas que como teoría general. Sobre los problemas en la definición de la sociología política, cfr. Llera Ramo, 1996.

modernización y de la movilización social, que le permitieron proponer una explicación sobre el modo en que el movimiento naciente, por un lado, había conseguido la incorporación de vastos contingentes sociales a la vida política y, por otro lado, había sido el vehículo por el que, por primera vez en la historia del país, se conformó un electorado legible en términos de clase, y en especial un electorado consistente y mayoritario constituido en torno a la clase obrera. Al proponer una manera de considerar el fenómeno político crucial de esos años del siglo xx, que sin duda había alterado los modos en que se ordenaban y se percibían las relaciones entre los grupos sociales, aquellos trabajos pioneros abrían todo un campo de debate sobre la constitución de movimientos políticos en tiempos de cambio social y sobre la relación de los grupos sociales con la vida política. En especial, la perspectiva de Germani permitía conectar procesos sociales y económicos que podríamos llamar estructurales –la transformación del capitalismo argentino, los cambios en las corrientes migratorias, la nueva configuración de las ciudades– con procesos políticos vinculados a la constitución de cierto tipo de alianzas entre actores –militares, sindicales, partidarios– y la productividad del rol de los líderes políticos que, en esas condiciones socioeconómicas, dieron lugar a la construcción del peronismo, que se convertía así en un hecho sociopolítico en el que ambos componentes –los procesos sociales y económicos y los procesos políticos– eran inescindibles.²

La relación entre estas dos dimensiones continuó organizando el debate sociológico sobre este objeto, aunque las querellas se concentraron en la dinámica de clases, y específicamente en el modo en que la clase obrera y sus representantes se habían comportado ante el nuevo fenómeno político. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (1973-1974), primero, y Juan Carlos Torre (1989, 1990) y Ricardo Sidicaro (1999), luego, por mencionar solo algunos ejemplos, fueron protagonistas de estas discusiones, más ocupadas ahora por la definición de las estrategias de los actores. Las coordenadas se definían a partir de un intento explícitamente polémico respecto de algunas tesis germanianas: la cuestión del papel jugado por los migrantes internos en la movilización peronista, el peso relativo de viejos y nuevos actores obreros en el naciente movimiento, y la combinación entre movilización racional y movilización tradicional y afectiva,

² El último libro de Germani, publicado durante su estadía en la Universidad de Harvard y tardíamente traducido al español, lleva esta articulación entre factores estructurales e intervenciones políticas –que hoy podríamos llamar “contingentes”– a una mayor sofisticación, al introducir el concepto de “actuación dramática” para dar cuenta del modo en que Perón interpeló exitosamente a los nuevos obreros y los integró políticamente al peronismo y socioculturalmente al Estado-nación. Cfr. Germani, 2003.

por tomar la clasificación de Max Weber, estuvieron en el centro del debate. Más allá de las diferencias con su predecesor, y de este desplazamiento explícito hacia los actores y sus estrategias, recogieron buena parte de los parámetros delineados por Germani para pensar la política: movilizar los grandes conceptos de la teoría social y política para ponerlos al servicio de la indagación de problemas cruciales del tiempo histórico; articular en el análisis procesos sociales y procesos políticos, no para tomar los primeros como realidades fundamentales cuyo *reflejo* se expresaría en una realidad segunda, superestructural, sino para pensar *al mismo tiempo* los momentos instituyentes –políticos– de vínculos y relaciones sociales y sus conexiones y anclajes con espacios y procesos de los que emergían; pensar, en definitiva, los procesos políticos como el resultado –no buscado, inesperado o solo parcialmente controlado– de prácticas situadas espacio-temporalmente y condicionadas por tanto en términos sociohistóricos.³ El peronismo había sido un hecho inesperado en la historia. Su reducción a causas últimas era improbable, pero tampoco era posible pensarlo como un rayo en un cielo estrellado. Estos debates organizaron una sociología que era, de entrada, política, tanto por los temas que indagaba como por las perspectivas de análisis que utilizaba.

El debate acerca de los orígenes del peronismo en las coordenadas germanianas también habilitaba una pregunta por la relación entre los grupos sociales –las clases– y sus representantes. ¿Qué tipo de clase dirigente había dado origen al peronismo?, ¿cómo se relacionaba con las clases dirigentes que lo precedieron?, ¿qué sobrevino, en términos de “altas esferas”, al derrocamiento de ese movimiento en el poder por medio del golpe de Estado de 1955? Conocer las características del personal político que controlaba el Estado era un modo de pensar su conexión con las clases y con los procesos sociales y culturales que organizaban a la sociedad. El tipo de socialización, de formación educativa, los círculos de sociabilidad de los distintos grupos de élites constituyeron la preocupación central del trabajo de José Luis de Imaz (1964), dirigido por Germani y fuertemente inspirado en el plano conceptual por Charles Wright Mills, quien había producido ya su clásico libro sobre “la élite del poder” en los Estados Unidos, donde mostraba las complicidades sociales y culturales de los grupos dirigentes en ese país, más allá de sus pertenencias partidarias y sectoriales. Donde Mills veía homogeneidad y unidad de intereses y visiones del mundo, De Imaz encontraba heterogeneidad y diferencia de proyectos

³ Contra esta concepción que hace derivar los fenómenos políticos de su sustrato social escribió Giovanni Sartori su clásico texto, que definió una nueva orientación de la sociología política estadounidense a fines de los años sesenta. Cfr. Sartori, 1969.

políticos. La llegada del peronismo había producido una ruptura con las élites del pasado; la caída violenta de ese movimiento había producido una nueva discontinuidad. No había élites en la Argentina, si por eso se entendía un grupo con cierto grado de cohesión social y cultural y con intereses compartidos, sino “los que mandan”, es decir, individuos que ocupaban los puestos de poder en diferentes esferas del Estado y la sociedad civil. Los movimientos populares habían alterado la composición de las clases dirigentes, pero de modo transitorio. Lo nuevo había muerto sin que se restaurara lo viejo, y así estábamos en los años sesenta cuando De Imaz deploraba la “radical incomunicación” (1964: 240) de esos estratos. Por entonces, recuperando también los aportes de los llamados “maquiavelistas” —Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels—, otros estudios (como el de Cantón, 1964) buscaron mapear las propiedades sociales de las élites gobernantes y las transformaciones que estas sufrieron en grandes períodos de cambio. La pregunta por la coordinación o no de su accionar, por la confluencia de intereses y estrategias entre los distintos grupos dirigentes, marcó esos primeros trabajos. Tanto De Imaz como Cantón movilizaban los factores sociales y culturales para explicar la debilidad de la clase dirigente argentina, o más bien su discontinuidad, vinculada a la desconexión —en los ámbitos de socialización, en los círculos de sociabilidad— entre los sucesivos grupos que ocuparon las posiciones superiores del Estado, los partidos y otras instituciones políticas. Es decir que la relación entre lo social y lo político se planteaba en términos de lo que se llevaba de una esfera a la otra y lo que este “equipaje” implicaba en la acción de los miembros de la clase dirigente argentina. En cambio, la pregunta por el modo en que los procesos políticos impactaban en esos recursos sociales no se formulaba. Pero no fue por estas debilidades que los estudios que hoy llamaríamos clásicos sobre las élites argentinas tuvieron pocos seguidores. Este camino de investigación y de preguntas sociológicas sobre fenómenos políticos fue poco transitado durante décadas y eclipsado por otros enfoques.

Junto a la tradición germaniana, la otra gran influencia de la sociología política de la segunda mitad del siglo xx fue el marxismo, en sus diferentes versiones. La importancia de esta tradición para los universitarios argentinos de los años sesenta y setenta los orientó a incorporar una indagación sistemática sobre el Estado. La sociología política encontró así en los estudios de esas décadas un conjunto de herramientas para pensar el Estado no solo como un conjunto de reglas y procedimientos, sino ante todo como relación social, condensación de relaciones de fuerza e instituyente de vínculos políticos y sociales, en un país en el que los grupos se constituían, casi siempre, en relación con él. El remarcable

trabajo de Guillermo O'Donnell (1977) sobre la evolución, entre los años cincuenta y los años setenta, de los comportamientos del Estado y de las alianzas de clase que pujaban por su control, constituyó uno de sus puntos más altos. Durante el siglo XIX, la burguesía argentina había construido un Estado a su medida, pero los movimientos populares del siglo XX habían ampliado sus bases de sustentación y habían disputado el control de sus resortes y orientaciones. La inestabilidad política argentina daba cuenta de la imposibilidad de constituir un ciclo de dominación durable. Portantiero había llamado a este rasgo “empate hegemónico” (1977), dando cuenta de la lógica que, durante décadas, había hecho incapaces a los distintos sectores sociales de imponer sus propios proyectos, pero capaces de vetar aquellos de los otros. Otra vez, a caballo entre la sociología, la historia, la teoría y la ciencia políticas, las energías investigativas articulaban datos empíricos con preguntas teóricas. El libro de Ricardo Sidicaro (2002) sobre el vínculo de los “tres peronismos” con el Estado y los diferentes actores sociales recupera esta tradición. Los trabajos de Alfredo Pucciarelli (por ejemplo, 2006, 2011) sobre los gobiernos desde la última dictadura militar hasta los años recientes se inscriben también en ese linaje que anuda aparatos conceptuales e investigación sociohistórica. Representan, en cierto sentido, una continuidad de los textos clásicos en los que abreva buena parte de la sociología política que movilizan los autores que forman parte de este volumen. Pero no constituyeron, en los años de la transición a la democracia, los cánones dominantes para pensar la política argentina.

Política y sociedad en épocas de transición

Los años ochenta del siglo XX, que fueron los de la crisis del marxismo, vieron imponerse una perspectiva *politicista* de la transición democrática, que se ocupó de pensar las condiciones políticas y culturales de la consolidación de un régimen democrático en la Argentina, mientras desplazaba la pregunta por el vínculo entre régimen político, tipo de Estado y dinámica de clases. La preocupación por las instituciones políticas, por el conjunto de reglas y procedimientos que podían permitir consolidar una democracia de calidad, dominó los debates intelectuales de esos años. Se consolidó así una ciencia política fuertemente institucionalista, o al menos que sospechaba de toda visión que quisiera preguntarse por las condiciones y los anclajes sociales de los procesos políticos por considerarla “sociologista”. En tanto, la sociología iniciaba un camino de abandono del interés por los actores políticos para ocuparse de la crisis de la llamada sociedad salarial: la “caída” argentina. Un conjunto de trabajos cons-

tituía así una potente denuncia y radiografía de lo que era considerado como un tiempo de descomposición. Se estableció entonces una tácita división del trabajo entre politólogos y sociólogos: los primeros se ocupaban del cielo de las instituciones y el régimen político; los segundos, del suelo de la pobreza y la crisis social (Rinesi y Nardacchione, 2007).

Aun cuando fuera uno de los modos dominantes de ejercicio de la investigación en la disciplina durante tres décadas, la ruptura teórica, metodológica y epistemológica que produjeron los propios sociólogos de antaño en sus modos de estudiar la realidad –en su crítica al marxismo, al estructuralismo y a toda forma de vincular procesos socioeconómicos y procesos políticos (Lesgart, 2003)–, y que formaría parte de la caja de herramientas canónica de las dos décadas que siguieron a la salida de la dictadura, hizo de la sociología política una subdisciplina improbable. En gran medida, el adjetivo “política” que se agrega al término “sociología” en este libro, como reflejo del nuevo impulso que toma el estudio sociopolítico en las últimas décadas, solo tiene sentido después de aquel viraje operado en los años ochenta. El reparto de funciones y ámbitos de interés delineado en ese tiempo de transición democrática entre una “sociología de lo social” y una “ciencia política de lo político” provocaría esa distancia y la necesidad de volver a reivindicar como propios ciertos objetos, a mostrar lo que podían iluminar las indagaciones sociológicas sobre la política y lo político.

En tensión con esa escisión se desarrolló la sociología política reciente que este libro busca visibilizar. De hecho, muchas de sus contribuciones apuntan a identificar la dimensión política de procesos económicos o culturales, así como a poner en común perspectivas de análisis sociológico segmentadas según sus objetos: el Estado, las políticas públicas, los medios de comunicación, las relaciones económicas. No es que la sociología política tenga por sí misma la capacidad de englobar todos esos fenómenos que aluden a tantas porciones del mundo social. Pero, como perspectiva que reivindica la utilidad de pensar en unas ciencias sociales de la política comunicadas e integradas, es capaz de proponer algunos modos de abordaje de problemas movilizando teorías y perspectivas metodológicas que ajusta, en cierta medida *ad hoc*, para tal tarea. Esto permite delimitar campos de estudio transversales que siguen los límites que los propios actores fijan a sus actividades –como la sociología de los mercados o de los partidos políticos como empresas socioculturales– o bien construir campos de interrogación capaces de unir actividades heterogéneas con resultados confluyentes –como lo hace la sociología de los problemas públicos–. En un caso, los propios actores estudiados definen los límites de su actividad política, así como las fuentes socioculturales de las reglas pertinentes para regularla y juzgarla. En

el otro, es el investigador quien propone modos de hilvanar procesos sociales que aparecen, en miradas estrictamente disciplinares, como estancos y que aquí se articulan porque forman parte de la producción de los mismos hechos sociales, como la manera en que una sociedad, en un momento determinado, define sus problemas y se da los medios para aprehenderlos y darles respuesta.

Pero volvamos a nuestro recorrido histórico. A mediados de los años noventa, de la sociología de la descomposición surgió un conjunto de investigaciones preocupadas por el análisis de la crisis de los actores políticos de la “Argentina peronista” y por la aparición de nuevos tipos de relaciones y prácticas políticas emergentes de la crisis de la sociedad salarial. Los trabajos de Javier Auyero (1997), Denis Merklen (2000) y Maristella Svampa (2000), por nombrar solo algunos, mostraron que de la crisis del universo social y de las condiciones sociales que habían dado vida al primer peronismo emergía una política territorializada, de vínculos e intercambios personalizados, que invitaba a repensar conceptos como los de ciudadanía e identidad política. Nuevos actores eran incorporados a la lista de participantes de la vida política: mediadores, punteros, clientes... Sin embargo, la nueva realidad se pensaba aún en términos de lo que había dejado la descomposición y la crisis de un mundo político. La centralidad que adquirieron progresivamente nuevas formas de protesta social y acción colectiva y, más definitivamente, los acontecimientos de diciembre de 2001 y los meses que siguieron volvieron a colocar las preguntas por la recomposición en el centro de la escena. La combinación de preguntas conceptuales y esfuerzos de indagación empírica, la articulación entre teoría social y política conviven en trabajos que intentan mostrar, desde el inicio, la imbricación entre diferentes esferas de la vida social que la división del trabajo disciplinar había obturado.

Más allá de los límites disciplinares

La renovación de la sociología política vendría de la mano de una reorientación de los diálogos disciplinares. El nuevo impulso de las preguntas por el Estado y sus agencias, por la constitución de grupos y movimientos políticos y sociales, por las élites y su relación con las instituciones y las clases sociales, que nace de los trabajos sociológicos de fines de los años noventa y del malestar intelectual de los años de crisis social y movilización política de comienzos del siglo XXI, presenta esta vez una fuerte articulación con las prácticas y preguntas de la antropología. Las nuevas sociologías recuperan en mayor medida la impronta etnográfica antes que los métodos cuantitativos que había movilizado el viejo Germani, y delinear a partir de la exploración de terrenos locales una preocu-

pación por las prácticas, las relaciones sociales y las evaluaciones cognitivas y morales de los actores –sus modos de constituir significativamente el mundo en el que se encuentran implicados–, pero también por la existencia del Estado en la vida cotidiana –en el mundo popular, sobre todo–, por la cotidianidad de la vida del Estado –por las prácticas de los actores y de las oficinas públicas– y por el modo en que se imbrican los diferentes grupos sociales con aquel. Por otro lado, las viejas preguntas acerca de “los que mandan” vuelven a suscitar interrogantes sociológicos sobre la naturaleza de las élites sociales, tecnocráticas, políticas y económicas en la Argentina, sobre su persistencia y transformación. Distintos trabajos se proponen, así, revisar preguntas generales a partir de terrenos específicos: la articulación entre indagación empírica y aportes teóricos y conceptuales constituye un denominador común de estas investigaciones.

En este contexto, no llama la atención que la relación de la sociología política con otro de los más fructíferos y activos espacios de producción intelectual sobre lo político en estos años haya sido ora tensa, ora distante. Nos referimos a la filosofía y la teoría política producida en la Argentina en las últimas décadas que, en ruptura con la teoría política de los años de la transición, retomaron el diálogo crítico con los trabajos clásicos de Germani a partir de un debate sobre la categoría de populismo, su relación con la democracia liberal y con las instituciones políticas. Contra la mirada normativa de la ciudadanía, las identidades políticas y el Estado que había canonizado el pensamiento político argentino en su ruptura con las tradiciones revolucionarias, la filosofía política postestructuralista buscaría otras fuentes filosóficas para pensar la democracia, así como la relación entre ciudadanos, clases y Estados. Sin embargo, en dos sentidos tendría una importante distancia con la sociología política: por un lado, la práctica de investigación, que colocaba en un lugar central la producción de materiales empíricos, fue, al menos, parcialmente relegada por la teoría política, que miraba la historia más bien como terreno para encontrar “ejemplos” de lo que el pensamiento construía en otra parte; por otro lado, no dejaría de tener una mirada normativa sobre lo que deben ser la política y la democracia, aunque esta fuera crítica y rompiera con los límites del individualismo demoliberal de los años de la transición. Como puede verse en los trabajos que aquí presentamos y que forman parte de las empresas más recientes de renovación de la sociología política argentina, esta encontró sus mejores energías, en una pluralidad de aproximaciones, en la combinación de preguntas teóricas y énfasis empírico, a partir de una permanente relación de reflexividad respecto de los modos de obtención de sus materiales. En este sentido, trabajó sobre nuevos problemas al tiempo que se propuso pensar las categorías con que estos eran

pensados y las metodologías con que se abordaban. Al hacerlo, construyó sus objetos sin perder de vista las querellas morales que los informan –acerca del populismo, del clientelismo, de la corrupción, de la inseguridad–, o más bien incorporando esas querellas como parte de las problemáticas a estudiar. Tomó en serio la voz de los actores estudiados en relación con estas querellas –es decir, las incorporó a sus materiales empíricos– y al hacerlo produjo creativos modos de triangulación entre metodologías y materiales empíricos que evitan definir, *a priori*, una opción por la indagación de los condicionamientos estructurales o de la capacidad de producción del mundo de los propios actores. En este sentido, la política se revela también como una actividad de conocimiento de los propios actores estudiados, que movilizan destrezas y saberes que luchan por hacer reconocer. Las evaluaciones morales se encuentran inextricablemente asociadas a esos saberes y destrezas, ya que entre ambos se define un sentido moral de las acciones, negociado en interacciones más o menos conflictivas con actores e instituciones en las que se pone en juego una sanción positiva o negativa de las prácticas, así como una definición de las buenas y las malas formas de la política y de lo político. En este sentido, la sociología política parte de la premisa más general de la sociología comprensiva de que el mundo político es un mundo moral y cognitivamente constituido.

Si la preocupación empírica muchas veces impide el alcance global de la pretensión teoricista del ensayismo de los años de la transición, le permite a la sociología política ganar en una más ajustada y realista descripción y análisis de los modos de existencia concreta de lo que estudia: el Estado y sus agencias, la democracia y las prácticas e instituciones que le dan vida. Así, trabaja con entidades *realmente existentes* antes que con objetos normativos. Por último, no se propone prefiar límites rígidos entre los diferentes espacios del mundo social y sigue a los actores en sus delimitaciones y sus articulaciones del espacio político con diferentes mercados, dominios expertos y ámbitos de sociabilidad no estatales. Así, se interesa, por ejemplo, por aspectos “sucios” de la política, como la circulación de dinero y las prácticas informales y menos visibles para el público amplio. En su crítica al normativismo, cuestiona también una mirada encantada de la democracia a través del análisis de los actores que hacen de ella una práctica cotidiana: ministros, dirigentes políticos, hombres de partido, militantes, expertos.

En ese sentido, la sociología política que aquí presentamos dialoga críticamente no solo con la sociología política clásica, el ensayo político de los años ochenta y la teoría política más reciente, sino también con una cada vez más consolidada ciencia política, de raigambre institucionalista y fuertes supuestos

racionalistas respecto del vínculo entre actores e instituciones, que visita temas similares aunque moviliza esquemas diferentes.⁴ Allí donde ciertas corrientes de la ciencia política proponen miradas normativas o modelos que subsumen acciones diversas bajo una racionalidad común y universalizable, esta perspectiva devuelve su espesor a las prácticas de los actores, indaga su sentido y sus transformaciones en distintos contextos. Allí donde los problemas se formalizan hasta perder de vista la dinámica política y el proceso histórico en que son producidos, esta perspectiva reivindica la multiplicidad de métodos para asir la política en movimiento, así como una preocupación por las grandes tendencias y transformaciones que, sin embargo, evite caer en el desinterés por la singularidad.

El recurso a la historia de una parte no desdeñable de los sociólogos políticos constituye también un punto de afinidad con los padres fundadores de la disciplina y un modo de combatir narrativas desancladas y poco realistas de los objetos políticos. De larga tradición en la Argentina, la historia política constituye otra de las disciplinas frontera con nuestras indagaciones. Durante las últimas décadas se han producido desde ese ámbito estudios sobre los partidos y sus dirigentes, sobre su conformación, sus prácticas e identidades a lo largo de todo el siglo xx. En diálogo con ellos, la vocación de gran parte de estos trabajos es asir la inserción de los procesos políticos estudiados en tramas sociohistóricas más amplias, comprender su sentido en el mediano plazo y calibrar hasta qué punto dan cuenta de continuidades y rupturas respecto de esas temporalidades.

En cuanto a las referencias teórico-metodológicas, junto con la antropología política anglosajona y, más cerca, la brasileña, también la sociología política de tradición francesa provee buena parte de la caja de herramientas a esta sociología política. Uno de sus principales referentes (Lagroye, 1991) sostiene que la sociología política tal como la practican quienes combinaron la herencia del trabajo empírico de Pierre Bourdieu con la tradición interaccionista norteamericana y los estudios culturales ingleses, busca desnormativizar el análisis de los fenómenos que estudia atendiendo, por ejemplo, a la construcción de relaciones de autoridad dentro de los partidos más allá de organigramas formales, así como a los modos de producción de la cohesión entre sus miembros por encima de una definición apriorística de los incentivos que los mantienen unidos; se interesa, así, por conocer empíricamente las modalidades legítimas de acción

⁴ Recientemente, un conjunto de politólogos ha realizado una importante contribución a una crítica de los objetos de la ciencia política y su distanciamiento respecto de preguntas relevantes de la economía política. Esta crítica va en otra dirección a la que aquí desarrollamos, aunque parte de un diagnóstico inspirador y confluyente con nuestro punto de vista. Cfr. Luna *et al.*, 2014.

política y de toma de decisión dentro de las instituciones. Frente a la crítica periodística o académica sobre las formas de la política en virtud de su desviación de ciertos parámetros juzgados como normales o deseables, según el caso, esta perspectiva intenta desentrañar los arreglos que hacen posibles las relaciones y jerarquías en distintos períodos históricos, las prácticas y competencias que devienen legítimas o ilegítimas, la razonabilidad de ciertos comportamientos en determinados ámbitos e instituciones y no en otros. En tanto las fronteras de los espacios y de las prácticas son móviles, el aporte de la sociología política –y la sociohistoria heredada de los debates franceses– es brindar elementos para pensar las luchas por la clasificación de los actores, grupos e instituciones políticas tratando estos procesos como conflictivos y abiertos, o al menos con intentos de cierre más o menos exitosos pero siempre parciales.

El diálogo crítico con la ciencia política, al menos en algunas corrientes dominantes, reaparece en la preocupación por las instituciones. El enfoque politológico de la elección racional ha tendido a atribuirles un carácter causal en la dinámica política y les asigna una preeminencia absoluta sobre otras variables tales como la pertenencia social de los actores, sus identidades políticas, sus ideologías y representaciones, o el contexto en el que operan. Frente a esta concepción de las instituciones, “abrir la caja negra” de estas últimas supone mostrarlas “en proceso” y no consideradas como algo “ya hecho”; seguir a los grupos que las hacen existir, atender a sus desplazamientos y traducciones, a la consolidación de ciertos roles, a las prácticas de los actores en coyunturas históricas específicas. Claro está, ello no invalida la capacidad de observar su costado más duradero, de identificar una determinada autonomización de las instituciones y su capacidad de incidir –a través de reglas, normas y otro tipo de incentivos– sobre los actores sociales y políticos, de configurar orientaciones de acción pública y de limitar cierto tipo de estrategias y comportamientos (cfr. Gaïti, 2006; Powell y Dimaggio, 1999). Se trata menos de dar por sentado un peso unívoco de las normas institucionales sobre los actores o de evaluar la adecuación entre normas formales y prácticas de los agentes, que de aprehender los distintos usos de las instituciones a lo largo del tiempo y sus efectos, el peso de los ocupantes sobre sus perímetros y el modo en que las instituciones pueden condicionar sus alternativas de acción.

Volvamos un momento sobre el método y, en relación con ello, sobre una de las principales premisas del oficio de sociólogo, retomada por la sociología política: la reflexividad. La relación con el propio objeto y la reflexión explícita sobre el modo en que se construyen los datos constituyen prerrogativas de la sociología desde las contribuciones de los padres fundadores, como Émile

Durkheim, hasta las de los clásicos más recientes, como Pierre Bourdieu o Anthony Giddens. Al compromiso con el trabajo de campo y con la interdisciplinarietà, la sociología política suma el imperativo epistemológico de controlar las propias prenociones, de reflexionar sobre la relación con el objeto de estudio y problematizar las condiciones de producción de los datos con los que se trabaja. El hecho de combinar distintas metodologías y técnicas de recolección de datos constituye, a su vez, una estrategia para distanciarse de los discursos de sentido común y la sociología espontánea que tan a mano se encuentran al analizar fenómenos políticos. “Lo preconstruido está en todas partes”, decía Bourdieu, y luego agregaba: “el sociólogo está literalmente sitiado por ello, como cualquier otro. Carga así con la tarea de conocer un objeto —el mundo social— del que es producto, de manera tal que los problemas que plantea acerca de ese objeto y los conceptos que utiliza tienen todas las chances de ser producto de ese mismo objeto” (Bourdieu, 2005 [1992]: 327). Los recaudos que se deben tomar al estudiar fenómenos del mundo político, cuyos modos de clasificación son producidos por el propio Estado y los partidos políticos o bien ampliamente difundidos por los medios de comunicación, son aún mayores. Lo mismo puede decirse de la relación de afinidad o distancia afectiva que liga al investigador con tales objetos. La batería de herramientas metodológicas para promover este control epistémico es amplia. Si bien están mayoritariamente apoyadas en metodologías cualitativas (entrevistas en profundidad, observaciones participantes y no participantes) y en discusión con la antropología, las investigaciones afincadas en la sociología política tienen el desafío de movilizar trabajos de archivo y herramientas cuantitativas (por ejemplo, mediante la realización de prosopografías o la implementación de encuestas) que permitan objetivar *cartografías* de las instituciones y organizaciones que estudian. Aunque les imprima sus propias preguntas, como lo hacían los textos clásicos, la sociología política puede aprender de la ciencia política la centralidad del uso de las herramientas estadísticas para el conocimiento del mundo. Lo mismo puede decirse respecto del carácter local de sus indagaciones de campo. Analizar un objeto en toda su complejidad escapa muchas veces a la pretensión de definir algunas variables que hagan comparable un caso con otro. El artificialismo al que llevan algunos experimentos politológicos, así como la creciente distancia respecto de los problemas históricos (Luna *et al.*, 2014), no puede hacer olvidar que a través de la comparación es posible producir un conocimiento general sobre los fenómenos sociopolíticos, así como pensar procesos nacionales en relación con lo que ocurre a nivel regional o mundial. La importancia de la triangulación de métodos y de los trabajos comparativos está dada también

por el hecho de que, como empresa colectiva, el conocimiento sociopolítico necesita ampliar sus herramientas, extender su alcance y abrir el camino para nuevas investigaciones que retomen los interrogantes a partir de los resultados de otros trabajos.

Contribuciones múltiples

Este libro tiene un triple propósito: por un lado, poner en común esfuerzos de investigación que se llevaron a cabo en los últimos años a partir de una perspectiva sociopolítica o bien desde indagaciones vecinas; por otro lado, al privilegiar la explicitación de los conceptos y métodos utilizados en su desarrollo, se trata de someterlos a una revisión crítica que permita tanto el emprendimiento de perspectivas comparadas como la discusión sobre la pertinencia de esas herramientas conceptuales y metodológicas; por último, junto con la publicación conjunta de estudios empíricos sobre objetos diversos, propone un diálogo con disciplinas cercanas –la antropología, la historia, la ciencia política–, así como la recuperación de algunos trabajos y autores clásicos en los que abreva o con los que debate la sociología política y que tienen cosas relevantes para decir acerca de las grandes preguntas de nuestro tiempo.

Cabe reflexionar brevemente sobre las condiciones de posibilidad de esta sociología política. Seguramente, la proliferación de este tipo de indagaciones en los últimos tiempos no es producto del azar. ¿Qué aspectos del contexto de época y del contexto institucional en el que estas investigaciones se producen son condiciones de posibilidad de estos trabajos? Algunos elementos parecen sobresalir. Por un lado, los más de treinta años de democracia ininterrumpida constituyen un dato insoslayable para tener en cuenta. En efecto, tras una historia reciente signada por la inestabilidad política, la continuidad del orden democrático habilita nuevas preguntas sobre ese orden, menos dogmáticas y menos ilusionadas, más preocupadas por una actividad rutinaria que por su dimensión normativa; en definitiva, con menos interés en lo que aquel orden *debería ser*, para dar paso, en cambio, al conocimiento de la política realmente existente, pequeña, gris, poco heroica muchas veces, como lo son las burocracias en su funcionamiento efectivo, la política cotidiana en los sectores populares, o el ejercicio detrás de escena de los profesionales de la política; en fin, actividades alejadas de la estridencia de los informes televisivos. A su vez, el fortalecimiento y la profesionalización del campo académico constituyen un dato relevante de las últimas décadas. Con la expansión de las becas y el financiamiento a las carreras de investigación en los años 2000 y con el surgimiento de nuevos centros de

estudio así como la consolidación de otros tantos, en el mundo académico fue posible la emergencia y afirmación de nuevas perspectivas y especialidades y de grupos de investigación con vocación empírica que llevan muchas veces más de una década de trabajo ininterrumpido. El entrecruzamiento de disciplinas y tradiciones en función del estudio de objetos empíricos, que se encuentran bajo este paraguas que llamamos sociología política, es sin duda tributario de ese proceso. En tercer lugar, la influencia de sociologías y antropologías críticas –tanto los estudios pioneros realizados en la Argentina en los años noventa como las tradiciones francesa, norteamericana y brasileña– fue singularmente potente en el contexto de crítica a la política en el que se formó la generación que aquí escribe. En años de malestar con la representación política y con las transformaciones radicales que se operaban en la estructura social, los estudios realizados en esas latitudes resultaron estimulantes para muchos jóvenes investigadores. La internacionalización de un gran número de investigadores permitió lecturas y familiaridad con debates que eran poco o insuficientemente conocidos en nuestro país a principios de los 2000; al tiempo que su regreso al país alentó la traducción de esos trabajos y su difusión entre las nuevas generaciones de sociólogos. Por último, podríamos preguntarnos quizás por la incidencia de los procesos políticos que tuvieron lugar tras la crisis de 2001 en esta agenda de estudios, y más precisamente por la emergencia de una nueva forma de peronismo, esta vez con rasgos de centro-izquierda. La pregunta por el peronismo, fundante de la sociología argentina, volvió a adquirir nuevos matices y a congregarse nuevas pasiones, y su orientación novedosa respecto, por ejemplo, de los años noventa, reposicionó a muchos analistas. Ya sea desde la simpatía o el rechazo, esta nueva versión del peronismo –por supuesto, con todo lo que trae consigo de novedoso y todo aquello que lo asemeja a las anteriores experiencias de dicho movimiento en el poder– sacudió también al campo académico y, creemos, habilitó nuevas preguntas sobre ese fenómeno político, sobre la movilización política y social y sobre el funcionamiento del Estado, que parecen destinadas a dejar su huella en el tiempo.

Los capítulos que componen el libro buscan mostrar las fortalezas y los desafíos de la sociología política. Con una amplia variedad de temas, presentan una ocasión para observar el modo en que los conceptos trabajan en distintos terrenos, la manera de entender la reflexividad en la construcción de los datos, el diálogo con otras disciplinas, la formulación de nuevas preguntas a objetos ya estudiados o la puesta en primer plano de nuevos problemas y aproximaciones.

En la primera parte, “El arraigo sociocultural de las instituciones políticas”, se presenta una serie de trabajos sobre objetos clásicos de los estudios políticos

—el Estado, los partidos, los sindicatos—. A partir del estudio de los cuadros y militantes del partido Propuesta Republicana (PRO), Gabriel Vommaro plantea herramientas conceptuales y metodológicas para abordar los partidos políticos en relación con sus anclajes sociales y culturales. Con un trabajo basado en observaciones, archivo, entrevistas en profundidad y la realización de una encuesta a sus dirigentes, muestra el modo en que los “mundos sociales de pertenencia” proveen repertorios de acción morales y estéticos al partido. En efecto, las relaciones de esta fuerza política nacida tras la crisis de 2001 con el mundo empresario, con el voluntariado y con las ONG profesionalizadas son reconstruidas en detalle. El texto muestra la forma en que estos vínculos se traducen en los estilos de representación del partido, pero también en la organización de jerarquías internas, en el reclutamiento de militantes y en la selección de candidatos. Se trata de una perspectiva que elude los determinismos típicos de las nociones de *social background* o de la teoría de los clivajes sociales, pero que a la vez recupera aspectos socioculturales de la vida partidaria descuidados por la ciencia política y que hacen tanto a su organización como a sus formas de acción y su vínculo con electores y públicos externos. De este modo, el autor intenta pensar cómo los partidos como instituciones se nutren de ciertos recursos sociales y culturales que encuentran en mundos sociales con los que se vinculan y los efectos que tienen en su funcionamiento.

En segundo lugar, el texto de Luisina Perelmiter se ocupa de las lógicas organizacionales que subyacen a la circulación de funcionarios en las agencias estatales, así como de las relaciones de autoridad que se producen con ella. A partir de un trabajo etnográfico realizado en el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, reconstruye las reglas más estables y las más improbables que guiaron los ascensos y descensos del personal político y de carrera durante una gestión particular, por la importancia que tuvo ese ministerio en la construcción política del gobierno de entonces y por el hecho de que la ministra, Alicia Kirchner, fuera hermana y luego cuñada de los presidentes a los que reportaba. Contra una visión extremadamente formalista de la burocracia estatal, da cuenta de las múltiples regulaciones conocidas por los actores: algunas hundían sus raíces en la historia organizacional de esa dependencia; otras, en cambio, se relacionaban con la impronta plebeyista que la conducción quería darles a sus políticas y que hacía que los ascensos fueran modos de reconocer compromisos militantes y sensibilidades sociales antes que credenciales técnicas o carreras burocráticas. Al mismo tiempo, el análisis identifica las debilidades que este tipo de informalidad producía en la estructura de autoridad de la organización, que se volvía sumamente inestable y atada a fluctuaciones coyunturales

y a la voluntad de la máxima autoridad en relación con la continuidad de las políticas, pero también con el trabajo cotidiano de sus agentes. En términos conceptuales para el análisis de las burocracias públicas, el capítulo aboga por reconstruir situaciones y configuraciones sociales densas para hacer inteligibles los criterios de reclutamiento y circulación de autoridad en el Estado en lugar de contentarse con la sistematización de perfiles o trayectorias individuales. En definitiva, en organizaciones con juegos políticos altamente informales y fluctuantes, los movimientos de funcionarios deben situarse en los contextos en los que se producen para resultar comprensibles.

Por último, el artículo de Martín Armelino se ocupa de un tema que ha estado en el centro del debate de las ciencias sociales hace algunas décadas: las reacciones sindicales ante las reformas de mercado de los años noventa, para proponer una manera de entenderlas que se aleja tanto de las explicaciones dominantes ofrecidas por la ciencia política como de aquellas provistas por la sociología de los movimientos sociales. A partir del estudio de los dos gremios nacionales de empleados públicos –UPCN y ATE–, que mantuvieron posiciones opuestas ante las reformas –el primero las acompañó, el segundo las resistió–, el autor muestra la importancia de las *concepciones de sindicalismo* diferenciadas (*sindicato profesional-asociativo* y *sindicato de clase*) para comprender los distintos perfiles, estrategias y resultados de las acciones llevadas a cabo por ellos. No se tratará ya de estudiar privilegiadamente la relación entre los recursos materiales con los que contaba cada uno de ellos y el tipo de estrategia que pudo utilizar frente a la amenaza que suponía la reforma del Estado emprendida por el gobierno de Carlos Menem, ni de partir del tipo de reacción que tuvieron para deducir de ella una cierta racionalidad instrumental que los llevaba a resistir o a negociar según lo que podían ganar en cada caso. Tampoco será cuestión de producir una división normativa entre los que “negociaron” y los que “resistieron”, como si eso fuera producto de una decisión moral de los actores. En cambio, el texto propone una mirada sociopolítica de cada tipo de organización, que encuentra en las características de sus perfiles –objetivos organizacionales, definición de su relación con los afiliados y con los empleadores– los patrones políticos y culturales que subyacen a los distintos comportamientos ante las reformas. En definitiva, el texto argumenta que los comportamientos de los actores, así como los objetivos estratégicos que sus organizaciones se fijan, no son independientes de –y, lejos de ello, son moldeadas por– esas concepciones sindicales históricamente constituidas.

La segunda parte del libro, “Saberes expertos y sentido práctico en el mundo político”, permite ingresar de lleno en la cuestión de la centralidad del cono-

cimiento producido por los actores en la vida política. ¿Cómo se definen los problemas que aquejan a una sociedad en un momento histórico determinado? Contra la idea de que esos temas conflictivos surgen de parámetros puramente objetivos, a partir de la sociología de los problemas públicos, Sebastián Pereyra analiza las actividades de definirlos como realizaciones de actores que compiten por imponer cierta visión de las cosas. A partir de la reconstrucción de la génesis de la corrupción como problema en la Argentina de los años noventa, revisa las principales claves teóricas de esta perspectiva y sus apoyaturas metodológicas, al tiempo que muestra su productividad para analizar el caso argentino. Nos muestra cómo el fenómeno de la corrupción no puede entenderse por fuera de los procedimientos mediante los cuales ciertos estados de cosas son definidos como problemáticos, del conjunto de actores que intervienen en ese trabajo y sus mecanismos de publicidad y estabilización. En particular, siguiendo la tarea de tres tipos de actores –los expertos en transparencia, los periodistas y los políticos profesionales–, da cuenta del rol de las denuncias y los escándalos en la vida política, de los indicadores que se construyeron para medir la corrupción y de las políticas públicas que se generaron como respuesta. Discute así la reificación de los problemas públicos como algo que existe en sí mismo y nos ofrece una crítica del objetivismo en el que se apoyan tanto las perspectivas técnicas como las perspectivas críticas. Al mismo tiempo, el énfasis en el carácter público de los problemas que, en un momento determinado, ocupan la atención de la sociedad y de sus instituciones políticas, permite escapar a una perspectiva constructivista radical que niegue, por así decirlo, que buena parte de la fortaleza de la definición de ciertos problemas radica en su imbricación con la experiencia social –que puede aprehenderse a partir del hecho de que no todos los temas suscitan el interés público, ni lo hacen en la misma medida–, más que en la pura fabricación manipuladora de algunos agentes (expertos, mediáticos, políticos). Los problemas públicos como la corrupción son, en definitiva, por un lado, una forma de ver –de tematizar– ciertos malestares sociales y, por otro lado, un mecanismo de direccionamiento de las energías de una sociedad hacia ciertas regiones de su experiencia más que hacia otras.

Otro modo de acceder a la cuestión de la producción del conocimiento sobre el mundo social y sus instituciones como hecho político es a través del estudio de las destrezas y saberes que movilizan los actores dentro de ellas. Mariana Gené analiza así los recursos y las destrezas de los “armadores políticos” a partir de una investigación sobre el Ministerio del Interior y sus ocupantes desde la vuelta de la democracia hasta 2007. Reconstruye las trayectorias de sus cuadros dirigentes y el modo en que estas supusieron aprendizajes prácticos y

los proveyeron de ciertos saberes valorados entre sus propios pares, al tiempo que detalla los principales desafíos que deben sortear los ocupantes de las posiciones más altas de este ministerio de intermediación política que se ocupa de lo que denomina “política en minúscula”. Expertos en el detrás de escena y en la negociación entre pares, los desfases para evaluarlos dentro y fuera del campo político suelen ser muy marcados. El artículo indaga en las razones de ese desacople y reflexiona sobre la centralidad de ese trabajo político poco visible y valorado públicamente para mantener la gobernabilidad en democracia. Al hacerlo, muestra el carácter múltiple del trabajo político y de sus profesionales, y discute con las miradas normativas sobre ellos, pues aquello que “deben ser” los políticos se define –y transforma– en contextos históricos específicos, en relación con distintos públicos y en dinámicas políticas espacialmente situadas.

Al final de esta parte del libro, el trabajo de Matías Landau indaga los modos en que se construye una ciudad como objeto de conocimiento experto, intervención estatal y campo de conflicto político. Articulando sociología, análisis político e historia, rastrea las metamorfosis del gobierno de Buenos Aires entre 1880 y 1918. Analiza los debates parlamentarios y técnicos en los que se fue definiendo qué tipo de cuerpo colectivo conformaba la ciudad, quiénes eran sus miembros legítimos y cuáles eran sus límites, así como el perfil de sus elencos gobernantes. Nos muestra de ese modo el paisaje variable que fue constituyéndose en la ciudad a partir de los discursos y las instituciones que le dieron forma. Al hacerlo, defiende un abordaje relativamente ecléctico de los problemas de investigación que pueda nutrirse de tradiciones de estudio complementarias: en su caso, la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon, las perspectivas de Michel Foucault sobre la configuración de problemáticas y las sociohistorias francesa y anglosajona.

La tercera parte, en tanto, con el título “El arraigo sociopolítico de las instituciones económicas”, recupera buena parte de los debates de la sociología y la antropología económica para combinarlas con una mirada sociopolítica de la economía y sus instituciones. ¿Qué puede aportar la sociología política a la comprensión de los procesos económicos? Por un lado, puede mostrar que las decisiones económicas son también decisiones políticas, basadas en la razonabilidad de los puntos de vista situados en condiciones históricas determinadas antes que en la racionalidad abstracta de las operaciones mentales de los actores. La razonabilidad de las autoridades políticas y de los “agentes económicos” está tensionada, por un lado, por las urgencias del momento en que es definida, y, por otro lado, por los dilemas políticos y morales respecto de las consecuencias que provoca. Es esto lo que nos muestra el trabajo de Mariana Heredia, a partir

de la revisión de la historia de la convertibilidad entre el peso y el dólar, que imperó en la Argentina durante los años noventa del siglo pasado. Reconstruyendo las disyuntivas que enfrentaron los funcionarios económicos antes de su implementación, durante los diez años en que estuvo en curso y en el momento de su abandono, restituye la incertidumbre y la existencia de distintas alternativas posibles en cada momento histórico, y muestra los procesos por los cuales se construyó y justificó la *razonabilidad* de aquellas decisiones. Tal como hace la sociología pragmática llevada adelante por Bruno Latour y Michel Callon, la autora evita una lectura *ex post* que impute racionalidades unívocas a los actores y se interesa en cambio por la información con la que contaban en el momento de actuar, por los modos en que la convertibilidad logró neutralizar adversarios, conseguir aliados y traducirse en múltiples prácticas, hasta, finalmente, volverse difícil de desmontar. Discute, así, con la noción de racionalidad estratégica y de decisión como maximización de posiciones en un campo político o económico claramente delimitado.

Las instituciones económicas también son hechos políticos y, fundamentalmente, hechos morales. Ariel Wilkis pone su atención en la relación entre política y dinero a través de una investigación sobre una cooperativa de cartoneros en La Matanza. Su artículo da cuenta de la importancia creciente que adquirieron los juicios morales en el debate público —emitidos por periodistas, consultores, académicos—, pero también de la relevancia que ganaron las preguntas sobre evaluaciones y jerarquías morales en la sociología. Reconstruyendo distintos tipos de circuitos y orígenes del dinero (el que se dona, el que se recibe del Estado, el que se obtiene por medio de trabajos con mayor o menor nivel de formalidad, el que procede de la militancia barrial, etcétera), muestra cómo el imperativo de la cercanía o la distancia respecto del dinero adquiere distintos significados en diferentes estratos y relaciones sociales. El autor señala la productividad de evitar una “narrativa unilateral del dinero” que solo considere su faceta instrumental e ilustra el modo en que el dinero organiza jerarquías morales cambiantes, es sometido a distintos criterios de evaluación y ordena relaciones sociales muy diversas. Al hacerlo, argumenta sobre la necesidad de que la sociología habilite un debate más reflexivo y realista sobre los modos múltiples en que se vinculan la circulación monetaria y la vida política. En definitiva, el texto muestra también los límites de una sociología política que no incorpore seriamente la dimensión moral de las relaciones de subordinación tanto como las de cooperación.

Por último, la sociología política también tiene algo que decir respecto de la economía porque los mercados están constitutivamente imbricados

con procesos políticos. El capítulo que cierra esta parte, escrito por Federico Lorenc Valcarce, propone una sociología política del mercado de la seguridad privada. Movilizando una pluralidad de datos cuanti y cualitativos, da cuenta del modo íntimamente ligado al Estado en que se constituyó y funciona este mercado de protección y vigilancia. En efecto, aquel componente central de la estatalidad que desde Hobbes a Weber fue para el pensamiento político clásico la seguridad, es actualmente algo que el Estado y el sector privado comparten y mixturán. Pero lejos de una “delegación” o una privatización sin más, el autor nos muestra los complejos procesos de mercantilización de la seguridad, en los que el Estado es tanto el principal proveedor de actores y saberes –ex militares, policías retirados, agentes de seguridad en distintas escalas, con sus respectivos conocimientos técnicos y no técnicos, disposiciones y contactos– como un comprador fundamental de servicios –para la vigilancia de edificios públicos, la protección de bienes y personas, etcétera–. Nos ofrece así una investigación detallada sobre el surgimiento de un mercado particular que, a su vez, provee la ocasión de discutir teóricamente sobre las relaciones entre Estado y mercado.

La cuarta y última parte del libro, “Ciencia política y sociología política: diálogos y debates”, contiene aportes teóricos para comprender la historia de esta perspectiva y su relación de tensión y diálogo con la ciencia política en la Argentina y en Brasil, países que vivieron procesos similares de autonomización de la ciencia política respecto de la sociología, aunque con temporalidades diferentes. Los primeros textos repasan dos obras fundamentales para la sociología política. Germán Pérez plantea una recuperación del legado de Gino Germani y de su sociología política para comprender los procesos políticos recientes. Se ocupa de indagar en sus trabajos fundadores, en especial en los análisis del surgimiento del peronismo y lo que denominó “populismo nacional”, reconstruyendo el contexto en el que fueron producidos y el horizonte que abrieron para la ciencia social de lo político. En especial, propone una revalorización de la perspectiva germaniana de articular una mirada macro y una micro, una mirada estructural con una sensibilidad por el lugar de la agencia, una atención conjunta a las transformaciones en la estructura social, a las formas de movilización resultantes de tales transformaciones y a los modos de integración de esos actores movilizados en el régimen político. Lo hace frente a las perspectivas dominantes institucionalizadas en los años de la transición democrática discutiendo fundamentalmente con el posfundacionalismo de Ernesto Laclau y sus seguidores, como continuadores de la filosofía política de Claude Lefort. Por último, señala la afinidad de ciertos conceptos de Germani con las conceptua-

lizaciones más recientes de las teorías de la acción colectiva y propone la noción de gramáticas políticas para indagar en fenómenos políticos de este tiempo.

El trabajo de Jacqueline Behrend se centra en el diálogo que entabla entre la ciencia política y la sociología política una obra clave para sus desarrollos: la de Guillermo O'Donnell. A través de la descripción del modo en que el autor construyó las preguntas faro de los actuales estudios políticos subnacionales, el texto identifica, a través de la experiencia de investigación de la autora, las vías por las que este diálogo, casi naturalmente entablado en los trabajos de O'Donnell, puede emprenderse en nuestro tiempo. En especial, da cuenta de la particular indagación sobre la variación territorial de la democracia asociada al interés por los regímenes formales sin descuidar las prácticas informales que pregonaba O'Donnell, y de cómo la imbricación empírica de ambas dimensiones, así como sus efectos en el desarrollo de los regímenes políticos subnacionales, permite tender un puente entre las disciplinas que no siempre encuentra un lugar en la agenda de la ciencia política, pero cuyo establecimiento ha dado y promete dar resultados fructíferos.

Por último, el trabajo de Renato Perissinotto y Fernando Leite habilita otra entrada al diálogo entre la sociología política y la ciencia política, esta vez a partir de la historia de la autonomización de esta última disciplina en las ciencias sociales brasileñas. Los autores nos ofrecen un recorrido pormenorizado por los desarrollos de la ciencia política y su relación con la sociología política en ese país desde la década del sesenta hasta la actualidad. Su contribución permite poner en perspectiva diálogos interdisciplinarios, enfoques y problemas que tienen una historia similar a la de nuestro campo académico y que a menudo conocemos escasamente o de modo muy fragmentario. Nos ofrece un mapeo de las principales preocupaciones y abordajes que dominaron las distintas épocas, así como una síntesis de sus autores más importantes. Nos muestra la trabajosa escisión de la ciencia política respecto de la sociología, desde los estudios pioneros sobre las relaciones entre sociedad y Estado hasta el auge de la teoría de la elección racional y el institucionalismo. A partir de una discusión de los aportes politológicos en tres grandes cuestiones —el Estado, las élites, la democracia—, identifica algunas debilidades del trabajo disciplinar, en especial el dominado por el institucionalismo de la teoría de la elección racional. Propone, en ese contexto, cuáles podrían ser los aportes de la sociología política a la comprensión de esos temas, y al hacerlo invita a una ciencia política cada vez más alejada de análisis societales a realizar un retorno “prudente” a la perspectiva de la sociología política, definida menos como disciplina autónoma, como subárea

institucionalizada o como teoría, y más como un “espíritu analítico” que busca “establecer conexiones entre los fenómenos políticos y las estructuras sociales”.

Por lo dicho, los distintos trabajos reunidos en este libro invitan al lector a conocer las heterogéneas perspectivas actuales en sociología política, su uso de conceptos teóricos y herramientas metodológicas, y su productividad para iluminar nuevos aspectos sobre los fenómenos políticos. Esperamos, además, que habilite diálogos y debates entre diversas disciplinas y sus consiguientes estilos de abordaje de estos objetos. El generoso epílogo que Juan Pablo Luna escribió para esta obra constituye una muestra de aquellos posibles acercamientos y algunas persistentes distancias. Su identificación de los malentendidos y prejuicios cruzados entre la sociología política y la ciencia política demarca un posible terreno de encuentro y de debate entre quienes, desde diferentes ópticas y con bagajes disímiles, estudiamos la política, sus actores y sus instituciones.

Bibliografía

- Auyero, Javier (comp.) (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires: Losada.
- Bourdieu, Pierre (2005 [1992]). “La práctica de la sociología reflexiva (Seminario de París)”. En Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc, *Una invitación a la sociología reflexiva*, pp. 301-358. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cantón, Darío (1964). “El Parlamento argentino en épocas de cambio: 1889, 1916 y 1946”. *Desarrollo Económico*, vol. 4, n° 13, pp. 21-48.
- De Imaz, José Luis (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires: Eudeba.
- Gaïti, Brigitte (2006). “Entre les faits et les choses. La double face de la sociologie politique des institutions”. En Cohen, Antonin; Lacroix, Bernard y Riutort, Philippe (comps.), *Les formes de l'activité politique: éléments d'analyse sociologique. Du XVIIIème siècle à nos jours*, pp. 39-64. París: PUF.
- Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- (1973). “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”. *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, pp. 435-488.
- (1987). “Diferenciación de las actitudes políticas en función de la estructura ocupacional y de clases”. En Germani, Gino, *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*, pp. 247-263. Buenos Aires: Solar.
- (2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas.

- Lagroye, Jacques (1991). *Sociología política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lesgart, Cecilia (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Rosario: Homo Sapiens.
- Llera Ramo, Francisco José (1996). “Ciencia política y sociología política: la necesaria reconstrucción de la interdisciplinariedad”. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 76, pp. 57-73.
- Luna, Juan Pablo; Murillo, María Victoria y Schrank, Andrew (2014). “Latin American political economy: Making sense of a new reality”. *Latin American Politics and Society*, vol. 56, nº 1, pp. 3-10.
- Merklen, Denis (2000). “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”. En Svampa, Maristella (comp.), *Desde abajo. Las transformaciones de las identidades sociales*, pp. 81-119. Buenos Aires: Biblos.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (1973-1974). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- O'Donnell, Guillermo (1977). “Estado y alianzas en Argentina, 1956-1976”. *Desarrollo Económico*, nº 64, vol. 16, pp. 523-554.
- Portantiero, Juan Carlos (1977). “Economía y política en la crisis argentina. 1958-73”. *Revista Mexicana de Sociología*, nº 2.
- Powell, Walter W. y Dimaggio, Paul J. (comps.). *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pucciarelli, Alfredo (2006). *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2011). *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rinesi, Eduardo y Nardacchione, Gabriel (2007). “Teoría y práctica de la democracia argentina”. En Rinesi, Eduardo; Nardacchione, Gabriel y Vommaro, Gabriel (comps.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Sartori, Giovanni (1969). “From the Sociology of Politics to Political Sociology”. *Government and Opposition*, vol. 4, nº 2, pp. 195-214.
- Sidicaro, Ricardo (1999). “Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955”. En Mackinnon, Moira y Petrone, Mario (comps.), *Populismo y neopopulismo*

- en América Latina. El problema de la cenicienta*, pp. 153-172. Buenos Aires: Eudeba.
- (2002). *Los tres peronismos. Estado y poder económico, 1946/55, 1973/76, 1989/99*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Svampa, Maristella (comp.) (2000). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- Torre, Juan Carlos (1989). “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”. *Desarrollo Económico*, n° 112, vol. 28, pp. 525-548.
- (1990). *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.